

## Cuarto Domingo de Cuaresma A2026

El cuarto domingo de Cuaresma está marcado por la curación del ciego de nacimiento. El punto de partida de la curación es la pregunta que los discípulos de Jesús le hicieron sobre quién había pecado para que naciera así, sus padres o él mismo.

Esta pregunta se inscribe en la creencia popular, defendida incluso hoy por algunos, de que Dios recompensa a los buenos y castiga a los malos, incluso en este mundo. Por lo tanto, las enfermedades y las desgracias son consecuencia del pecado.

En sus respuestas, nuestro Señor contrapone esta creencia popular con la realidad del misterio de Dios, que trasciende la imaginación humana. De hecho, hay un misterio que rodea la vida de cada uno de nosotros y que no podemos comprender plenamente. En la manifestación de este misterio, la bondad de Dios en su creación prevalece sobre el mal. Además, Dios tiene su momento para intervenir y poner fin a la miseria y la desgracia de su creación.

Desde esta perspectiva, cada circunstancia de nuestra vida se convierte en una oportunidad para que Dios deje brillar su gloria. Lo que más importa no es la causa de nuestra enfermedad o desgracia, sino lo que Dios puede hacer para mostrar su gloria sobre nosotros y a nuestro alrededor. Incluso si no sanamos físicamente, Dios puede concedernos sanación espiritual para que podamos sobrellevar nuestra enfermedad. Esto ha sido así en la vida de muchas personas que han experimentado la gracia y la paz de Dios en su interior, incluso en sus peores momentos de salud.

Cuando, como cristianos, ayudamos a quienes sufren y necesitan ayuda, les mostramos la gloria de Dios y el rostro compasivo del Padre. Por eso, el llamado de la Cuaresma es que aprovechemos este maravilloso tiempo de oración y ayuno para hacer el bien a los demás mediante la limosna. Este es el momento apropiado para hacerlo, no mañana. Debemos aprovechar la luz del día, trabajar y descansar por la noche.

Una vez que nuestro Señor rechazó la conexión entre el pecado y el sufrimiento, pudo sanar al ciego. En el proceso de la curación, es notable que nuestro Señor hizo lodo con su saliva y unja los ojos del ciego, recomendándole que vaya a lavarse la cara. Esto es una clara alusión al sacramento del bautismo, con su uso del agua y la unción con el óleo santo.

Por eso, la curación del ciego nos recuerda que Dios nos sana a través de los sacramentos que recibimos en la Iglesia. Cada sacramento es, a su manera, una manifestación del poder de Dios, mediante el cual nos muestra su misericordia y su perdón para sanarnos espiritualmente.

El problema siempre reside en saber si realmente reconocemos el poder sanador de nuestro Señor. Dos grupos de personas en el Evangelio de hoy no lo hicieron: los fariseos y los padres del hombre sanado. De hecho, al principio los fariseos no creyeron que el hombre sanado hubiera nacido ciego. Al no poder resistirse a la verdad de que nuestro Señor lo había sanado, lo consideraron un falso profeta, ya que realizó el milagro en sábado. Y, sin embargo, lo que nuestro Señor hizo fue una

obra maravillosa que glorifica a Dios. Por eso permanecieron ciegos a pesar de tener ojos para ver.

Además, como no pudieron destruir la verdad del hombre sanado que estaba allí en su presencia, los fariseos se volvieron amargados e insultantes. Este episodio nos enseña que podemos tener diferencias fácilmente con la gente. Pero, cuando se convierten en insultos y abusos, dejan de ser una discusión y se convierten en una disputa amarga. En este caso, lo que demuestra es que nuestra postura es débil y que somos personas débiles.

Al igual que los fariseos, los padres del ciego temían reconocer públicamente que la sanación de su hijo provenía de Jesús. Aquí vemos cómo el miedo puede ser paralizante incluso en presencia de la verdad. Por eso la Cuaresma es una invitación a la valentía, un llamado a alzarse y decir la verdad de Jesús.

Muy diferente es la actitud del hombre sanado que reconoció a nuestro Señor como su salvador y Señor. También es sorprendente que nuestro Señor aparezca solo al principio y al final de la historia. Lo hace para que la fe del ciego crezca en medio de las dificultades de la vida.

Al hacerlo, nuestro Señor nos enseña que debemos crecer en nuestra fe y dar testimonio de él en medio de los conflictos y las dificultades de la vida. El resultado de tal proceso en el Evangelio de hoy es paradójico. Al principio, solo uno era ciego mientras todos los demás veían. Al final, todos los demás eran ciegos mientras que solo uno podía ver que Jesús era más que un profeta: el Señor.

Oramos para que el Señor nos dé la valentía de dar testimonio de él en las incertidumbres de este mundo. ¡Que la Cuaresma sea para cada uno de nosotros una oportunidad para crecer en la fe! Amén.

**1 Samuel 16: 1b, 6-7, 10-13<sup>a</sup>; Efesios 5: 8-14; Juan 9: 1-41**



Fecha de la Homilía: el 15 de Marzo, 2026  
© 2026 – Padre Felicien I. Mbala, PhD, STD

Póngase en contacto: [www.mbala.org](http://www.mbala.org)  
El nombre de Documento: 20260315homilia.pdf